

La intolerancia de la diversidad en los institutos psicoanalíticos¹

Kenneth Eisold

Anne-Marie Sandler estudió los distintos métodos de formación vigentes en los institutos psicoanalíticos europeos, y al relatar esta experiencia destacó la conmoción que le causó descubrir sus propios prejuicios:

“Comprobé que me inclinaba a menospreciar los métodos que eran diferentes de aquellos a los que yo estaba acostumbrada, y me llevó un tiempo superar el choque cultural y aceptar, en el plano emocional, esta realidad: había analistas sobresalientes que habían seguido en su formación un camino distinto del mío” (1990, pág. 49).

La tarea que había emprendido Sandler (el examen de distintos enfoques de la formación) así como la entidad que la auspiciaba (la Asociación Psicoanalítica Internacional, IPA) la llevaron a este enfrentamiento consigo misma. En su carácter de miembro de la Sociedad Psicoanalítica Británica, en caso de que hubiera descubierto que el único sistema apropiado de formación era el británico, cabe suponer que habría provocado cierto escepticismo. Sin embargo, la mayoría de los analistas no parecen encontrar motivos justificados para hacer frente a sus prejuicios. El corolario histórico de esta intolerancia es la notable cantidad de cismas producidos en los institutos psicoanalíticos, los cuales dan testimonio de la

¹ © del Institute of Psychoanalysis. Publicado con el título “The intolerance of diversity in psychoanalytic institutes”, en *IJP* (1994), 75: pps. 785-800.

dificultad que existe para contener —y mucho menos aceptar— las diferencias teóricas entre las diferentes organizaciones.

En los comienzos de este artículo, tal vez sea conveniente recordar la magnitud de la tendencia cismática en la historia institucional del psicoanálisis, más allá de las consabidas “defecciones” personales y de la ruptura de Freud con Adler, Stekel, Jung, Rank y Ferenczi.

En la década de 1940 se separaron dos grupos de la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York (ver Eckhardt, 1978; Frosch, 1991). Uno de ellos formó la Asociación para el Progreso del Psicoanálisis y el otro, el Instituto Columbia. A su vez, la Asociación para el Progreso del Psicoanálisis sufrió un doble cisma: un grupo defeccionó y creó el Instituto William Alanson White, en tanto que un segundo grupo dio origen al Curso Comprehensivo de Psicoanálisis que a partir de entonces funcionó en el Colegio Médico Superior de Nueva York. Más o menos por la misma época, la Sociedad Psicoanalítica Británica eludió apenas la escisión aceptando que se conformaran en su seno dos subgrupos, el kleiniano y el freudiano, virtualmente autónomos; luego se separó un tercer grupo, el “Middle Group”. Para mencionar solamente lo ocurrido en los institutos europeos, hubo cismas en los de Alemania, Austria, Francia, Suecia y Noruega (Eckhardt, 1978). En Francia, las controversias en torno de Lacan generaron no menos de cuatro institutos que aún sobreviven: la Escuela Freudiana, el Cuarto Grupo, el Instituto de París y la Asociación Psicoanalítica Francesa (Turkle, 1978). Por otra parte, Gitelson (1983) señala que también hubo cismas en España, Brasil, México, Argentina y Venezuela, y dentro de Estados Unidos, en los institutos de Washington/Baltimore, Filadelfia, Boston, Cleveland y Los Angeles. Arlow (1972) da cuenta de media docena de escisiones en la Asociación Psicoanalítica Norteamericana, de otras tantas evitadas con gran esfuerzo, y agrega al censo de las divisiones en la Asociación Psicoanalítica Internacional a Columbia y Australia.

Más allá de los datos someros que se conocen sobre estas escisiones, apenas se las ha dado a conocimiento público. Una notable excepción ha sido la publicación reciente de los documentos vinculados a las “Controversias” dentro de la Sociedad Psicoanalítica Británica (King y Steiner, 1991). En un infrecuente atisbo entre bambalinas que contó con la venia oficial para su publicación, Fleming (1976) hizo referencia al conflicto que irrumpió en el Ins-

tituto de Los Angeles; describió “la implacable hostilidad y desconfianza mutua de los diversos grupos e individuos, sea cual fuera su orientación teórica”, y agregó con cierto azoramiento: “No existía ningún motivo discernible para que hubiera tanta animosidad” (pág. 911). Henry Murray, del Instituto Psicoanalítico de Boston, parece haber hecho un comentario sobre

“... la atmósfera cargada de agresiva seriedad. [...] [eran] un conjunto de devotos de ideas rígidas, blindados como con una armadura contra cualquier pensamiento nuevo, y [...] libraban una lucha implacable por el poder” (citado en Fine, 1979, pág. 137).

Los cismas entre institutos no son los únicos síntomas de esta tendencia. En 1938, la IPA llegó a una situación sin salida con la Asociación Psicoanalítica Norteamericana en torno del tema del análisis ejercido por legos (Oberndorf, 1953); la Academia de Psicoanálisis se creó para oponerse a la Asociación Psicoanalítica Norteamericana (Millett, 1962); la División 39 de la Asociación Psicológica Norteamericana está desgarrada por los conflictos entre sus Secciones I y V (Meisels, 1990).

Nada de esto hace referencia a la historia más escondida de la lucha de facciones y de la intimidación intelectual, que ha asediado la vida de las instituciones. Las respectivas historias oficiales tienden a ser autocomplacientes y se abstienen anodinamente de aludir a los conflictos internos (ver, por ejemplo, Morris, 1992; Pollock, 1978). No obstante, la literatura sobre formación contiene reiteradas referencias a los problemas de la ortodoxia excesiva, la idealización y la intimidación de los candidatos (ver Balint, 1948, 1954; Bibring, 1954; Greenacre, 1966; Hinshelwood, 1985; Kernberg, 1986; King y Steiner, 1991; Orgel, 1978, 1990; Steltzer, 1986; Thompson, 1958; Widlöcher, 1978), y todo esto es congruente con la experiencia propia que uno ha recogido en este campo. Hay, además, frecuentes alusiones a los dirigentes “heréticos” (ver, por ejemplo, Frattaroli, 1992).

¿Por qué sucede esto? Lo típico es que tales conflictos se atribuyan a la ambición o a las personalidades narcisistas; pero si bien el papel que cumplen este tipo de personalidades es sin duda significativo, esta explicación no da cuenta del poder que ellas son capaces de movilizar entre los miembros de los institutos psicoanalíticos ni de la ubicuidad del problema. Una versión más elaborada

sostiene que tales cismas forman parte de la tradición analítica misma y tuvieron su origen en la ansiedad que le provocó a Freud su sucesión (Levinson, 1990; Roustang, 1982). En mi opinión, sin embargo, la respuesta dinámica a esta pregunta se hallará en la comprensión de las angustias que generan las actividades profesionales colectivas de los psicoanalistas. Sean cuales fueren las ambiciones y motivaciones que pudo tener Freud, y la impronta que él haya querido marcarle al movimiento psicoanalítico, el estudio de su conflictiva individual no explica adecuadamente por qué razón cincuenta años después de su muerte las instituciones actuales siguen agobiadas por conflictos rencorosos y destructivos en torno de ciertas “creencias” básicas. No pienso, como trataré de mostrar, que la contribución de Freud a este problema sea en modo alguno irrelevante, pero debe situársela en el contexto de la vida institucional actual.

Como han señalado Jaques (1955) y Menzies (1967), del mismo modo que Bion en su trabajo precursor sobre los grupos (1959), las organizaciones no sólo brindan a sus miembros oportunidades para la acción conjunta sino también “defensas sociales”, formas conniventes imperceptibles de abordar su angustia. En este artículo sostendré la opinión de que la intolerancia a la diversidad de puntos de vista en los institutos psicoanalíticos —que va desde la supresión automática de toda diferencia, por un lado, a la aniquilación a través de los cismas, por el otro— es una defensa social. Si examinamos las angustias que suscita la naturaleza misma del trabajo que realizan los psicoanalistas y las relaciones de trabajo que ellos crean, podemos comenzar a separar las creencias y conductas vinculadas con la tarea, de aquellas otras que son puramente defensivas y terminan minando la realización de esa tarea.

No creo que existan muchas discrepancias en cuanto a la índole disfuncional de esta intolerancia hacia las diferencias intelectuales; ella choca con cualquier pretensión de los analistas de ser observadores científicos de la conducta humana o clínicos que trabajan con seriedad. Es, pues, una defensa; pero ¿contra qué angustias?

Entiendo que hay tres series de respuestas a esta pregunta, tres zonas de conflicto que se refuerzan mutuamente y, en su conjunto, intensifican la intolerancia como defensa social. Una se vincula a la naturaleza del trabajo analítico: las angustias que los analistas encuentran en el curso de su labor y que los impulsan a querer saber con certeza cuáles son sus creencias. La otra zona de conflic-

to deriva de la índole particular de la organización y la comunidad analíticas: dado que, en general, los analistas trabajan en forma externa y cuasi-independiente respecto de las entidades a las que pertenecen, pero dentro de fuertes sistemas de linaje, su pertenencia a tales entidades genera en ellos particulares ambigüedades y ambiciones. La tercer área de conflicto es lo que podríamos llamar la “cultura del psicoanálisis”: actitudes y premisas hondamente arraigadas sobre el valor y el sentido del psicoanálisis, y sobre su relación con el mundo.

Cada una de estas tres áreas de conflicto es compleja y abarca múltiples aspectos; además, las tres se entrecruzan y refuerzan entre sí. Tomadas en conjunto, pienso que ellas explican la profunda persistencia de este síntoma inhabilitante.

LA NATURALEZA DE LA LABOR PSICOANALITICA

El psicoanalista trabaja solo, sin la ayuda o corroboración de sus colegas. Por supuesto, tiene una relación continua con sus pacientes, pero en esa relación le incumbe la singular responsabilidad de mantener los límites profesionales (a menudo resistiéndose a las presiones del paciente) y de cumplir una tarea de indagación y comprensión. Es un participante que a la vez opera como observador y gestor.

Además, la vida emocional del analista está sometida a ataques constantes y debe aprender a permanecer abierto a la experiencia, porque los instrumentos con los que trabaja forman parte de él mismo: su empatía, su contratransferencia, su comprensión (Buechler, 1992). No puede reducir a sus pacientes a la condición de signos sintomáticos o de órganos enfermos. Su tarea lo obliga a recordar cuánto de la vida de sus pacientes está en juego. Tampoco puede esperar su gratitud. Como dijo Anna Freud (1966), la personalidad del analista corre un riesgo constante.

Por otra parte, el analista se enfrenta con fenómenos complejos y oscuros. Quizá más que cualquier otro profesional, debe tener un grado excepcional de tolerancia ante la ambigüedad. Nunca debe quedarse satisfecho con su diagnóstico sino que debe estar atento permanentemente a la fluctuante evidencia de lo que sus pacientes (o él mismo) desean eludir. Tampoco tiene nunca la seguridad absoluta de que su labor haya sido exitosa, aun cuando lo deje satis-

fecho. No es de extrañar que los analistas, como grupo profesional, sean proclives a la depresión (Dreyfus, 1978) o al “agotamiento” (Cooper, 1986).

En tales condiciones de aislamiento, incertidumbre y estrés, los analistas se vuelven hacia la teoría. Como ha demostrado Friedman (1988) en forma coherente y comprensiva, “el estrés y la teoría van de la mano. El terapeuta puede perder el equilibrio por varias razones, y cada vez que eso sucede algún aspecto de la teoría cobrará importancia para él” (págs. 89-90). Además, en el aislamiento del consultorio, determinadas teorías o creencias brindan salvavidas, por decirlo así, que permiten al analista volver a conectarse con sus propios analistas, supervisores y profesores, quedando así ligado a una comunidad de profesionales de ideas similares.

El nexo, a través de la teoría, con la comunidad que lo formó y supervisó contribuye a sostener y apuntalar al analista en su trabajo aislado y angustiante. Las teorías a las que se vuelca —ya sea porque las considera verdaderas y confiables, o porque le resultan necesarias o indispensables— son aquellas que derivan de su experiencia con un supervisor, profesor o analista. La teoría del analista cumple, pues, un doble propósito: es un conjunto de instrumentos imprescindibles que lo ayudan a mantener el equilibrio en su labor, como señala Friedman, y es también un aspecto de su identidad profesional. Aquí lo importante es que ese acto equilibrador al que Friedman (1988) se refiere en forma tan respetuosa y apreciativa es afectado profundamente por la flexibilidad y apertura con que el analista desarrolla su identidad, y ésta, a su vez, influye en (y es influida por) la comunidad más amplia con la que el analista se identifica.

Schafer ha señalado emotivamente este aspecto de la vida del analista, el valor de:

“... los múltiples lazos que mantenemos con personas que han tenido un papel central en nuestra formación. [...] Todas estas personas y experiencias ejercen algo así como una impronta [...] constituida por sentimientos de gratitud, lealtad, identificación, gratificación e idealización” (1979, pág. 350).

Esta clase de comentarios no son nada raros en las actividades corrientes de los institutos, en sus celebraciones o aniversarios, en sus fiestas de promoción y de lanzamiento de libros, sus *Festschrifts*

y ceremonias de graduación (como la que motivó estas palabras de Schafer), pero es muy infrecuente que se los dé a conocer por escrito en una publicación. Mucho más frecuente, en la literatura sobre formación, es que se los considere signos peligrosos de análisis incompletos, particularmente peligrosos en el análisis didáctico. La idealización suele verse como una defensa contra la hostilidad; la lealtad, como un aspecto de la resistencia o de la lucha de facciones; la gratificación, como una forma de chantaje, etc. En casos extremos, estos sentimientos no analizados pueden dar origen a la vivencia de ser inauténtico y aun farsante.

No es meramente una cuestión de hipocresía. Por un lado, los analistas, al igual que tantos otros, valoran el apoyo y aliento que reciben de sus maestros (cuando no se sienten criticados o perseguidos por éstos), experimentan hacia ellos lealtad y gratitud (cuando no les guardan rencor ni quieren rivalizar con ellos) y suelen estar dispuestos a perdonar los defectos de sus mayores (cuando no se burlan de ellos)... si es que no los elevan a la condición de virtudes. Por otro lado, conocen los peligros que esto entraña. “Me llevó unos diez años de práctica psicoanalítica a jornada completa sentir que yo era un psicoanalista y ser capaz de aceptar a los pacientes sin culpa ni angustia; y sé que en esto no estoy solo”, escribe Klauber (1983, pág. 46), quien agrega que el analista novato:

“... se vuelca hacia la identificación con su propio analista y, más allá de él, con Freud. O más bien, con el analista que funciona en parte por identificación creativa y en parte como un introyecto, de modo tal que en ocasiones repite a sus pacientes, veinte años después, interpretaciones irrelevantes. Durante muchos años, el joven analista funciona en parte –o al menos, yo funcioné así– con un falso self analítico [...] en lucha con una lengua moribunda” (pág. 46).

Muchos analistas querrían sacarse de encima una afirmación como ésta atribuyendo el “problema” mencionado por Klauber a un deficiente análisis didáctico, pero la sinceridad de este autor nos revela una dificultad real en el proceso por el cual se crea y sustenta la identidad del analista: las identificaciones con analistas y supervisores, las introyecciones, los sentimientos de lealtad y gratitud, las idealizaciones, todo eso contribuye a sostener al analista en la angustia de su tarea solitaria. Por cierto que son

defensas, pero también forman parte de lo que él es y de las creencias suyas que necesita recordar mientras trabaja. Sólo de manera gradual se va creando el analista una identidad con la que se siente cómodo y auténtico (Buechler, 1988; King, 1983).

Esta dualidad marca una contradicción en cuanto al uso de la teoría: de un lado, cumple la finalidad de orientar la relación del analista con su paciente, ayudándolo a mantener el equilibrio; del otro, contribuye a sustentarlo en la relación con sus colegas por vía de su identidad analítica. Y como ha señalado Ellenberger (1970), dicha identidad se vincula a su vez con una “escuela”, en el sentido de las antiguas escuelas filosóficas grecorromanas. Los analistas son freudianos, kleinianos, sullivanianos, etc., más o menos como los antiguos filósofos eran epicúreos, estoicos o pitagóricos. Al internalizar su formación como parte de su identidad, su mismo modo de pensar refleja sus puntos de vista característicos como miembro de una escuela determinada.

Sin embargo, tales escuelas desbordan las fronteras de la mayoría de los institutos y dan por resultado subagrupamientos o facciones a las que sus integrantes se vuelven para encontrar apoyo o confirmación de su identidad analítica. En los institutos surgen otras diferencias de orientación y de técnica, menos identificables para el mundo exterior como una “escuela”; de hecho, esos procesos suelen favorecer la diferenciación y estimular un diálogo fructífero. Pero, como ha señalado King (1983), siempre existe el riesgo de que a través de esos subgrupos los analistas encuentren una “pseudoidentidad”: “Si son incapaces de sentir ‘Soy un psicoanalista que ha hecho esto por sí mismo’—afirma King—, al menos pueden decir ‘Soy un psicoanalista que pertenece a tal o cual grupo’” (pág. 189). (Ver también Bollas, 1993). Y en la medida en que la identidad analítica es vulnerable —ya sea por crisis internas, por amenazas externas o porque nunca estuvo firmemente establecida—, existe la posibilidad de que se formen facciones y de que éstas se vuelvan cada vez más rígidas, intolerantes frente a cualquier concesión, y a la dependencia, por lo cual asumen atributos negativos que las definen por su diferencia con otra facción.

Creo que, estando la identidad tan estrechamente ligada a la tarea y tan en riesgo por la índole de ésta, tal situación es inevitable. Encontramos una dinámica semejante, y a menudo una virulencia comparable, en la vida académica. No obstante, para los analistas la situación es particularmente perturbadora, pues ame-

naza con exponer una contradicción que está en el centro de su trabajo y de su identidad: puede socavar la confianza que tienen en la imparcialidad y “objetividad” de las respuestas que dan a sus pacientes. Por ejemplo, cuando se repasan las “controversias” de la Sociedad Psicoanalítica Británica durante 1941-45 (King y Steiner, 1991, *passim*), llama la atención que en todos los bandos se subrayara reiteradamente el carácter “científico” de los problemas y el papel profesional de los analistas como “científicos”. Desde luego, el uso que a la sazón hacían los analistas del término “ciencia” en apoyo de su identidad profesional refleja el sesgo positivista de la época, así como su adhesión a Freud; pero lo importante, me parece, es que no querían verse a sí mismos como individuos cuya reacción ante los hechos clínicos estaba limitada por cuestiones políticas.

Lo realmente amenazante para la identidad profesional de los analistas no es que no sean científicos, sino que sus creencias les impidan reaccionar cabalmente ante el material que les presentan sus pacientes. Es un problema análogo al que plantea la contra-transferencia: una tendencia desconocida del analista puede limitar y distorsionar su capacidad para dar al paciente una respuesta cabal. Se puede bromear diciendo que los pacientes de los analistas freudianos tienen problemas freudianos, o que los analistas junguianos producen pacientes junguianos, etc.; pero para el analista que se empeña en entender el material clínico perturbador y doloroso de un paciente, suponer que su adhesión a los conceptos de una escuela determinada puede limitar su comprensión del paciente no es ninguna broma. Tampoco lo es para el analista que procura explicarle al mundo lo que hace.

Ahora podemos ver más claramente hasta qué punto el analista necesita estar convencido de que sus teorías son fieles a los datos clínicos y perfectamente apropiadas, y por qué motivo puede querer sumarse a la defensa social que le brinda su “escuela” o facción, juzgando erróneas o impropias las teorías rivales, sin siquiera concederles la condición de ser alternativas razonables. En la medida en que sea capaz de creer que las teorías que él y sus colegas utilizan son más “verdaderas” o menos “falsas” —más potentes, menos defectuosas, menos capaces de extraviarlo a uno peligrosamente, más reconocidas, menos cuestionables, etc.— que aquellas por las cuales se guían los demás, tendrá menos motivos para caer en esa angustia, siempre amenazante, de las dudas sobre sí mismo, de su incompetencia o su fracaso.

El grado en que cada analista se apoya en la defensa social de la intolerancia (y en que contribuye a ésta) varía de acuerdo con una cantidad de factores, como su inseguridad personal o su lealtad a sus antepasados analíticos. Dudo de que, en ausencia de los demás factores que aún nos quedan por examinar, esta defensa social fuera tan poderosa como lo es; pero lo cierto es que está fuertemente presente y al alcance del analista para ayudarlo a lograr la estabilidad en su solitaria y difícil tarea.

EL GRUPO DE PERTENENCIA

Un segundo conjunto de respuestas a la pregunta que antes nos formulamos tiene que ver con la necesidad que posee el analista de asegurarse un lugar en la red de sus colegas. Esto es en parte obvio. En lo concerniente a las oportunidades de hacer docencia o supervisiones, a las derivaciones de otros colegas, al mantenimiento de la autoestima profesional, así como por cuestiones económicas, los analistas deben tener y conservar una cierta posición en sus respectivas comunidades profesionales. El apartamiento público de las prácticas y creencias establecidas es riesgoso. Como es obvio, durante la formación los candidatos son vigilados y evaluados de cerca; pero aun cuando ya sean analistas certificados, ese escrutinio no cesa, aunque se vuelve más sutil, y no es menos importante a la hora de la selección para ocupar cargos claves en la docencia, la supervisión o la dirección administrativa.

Estos factores son decisivos en la vida de cualquier comunidad profesional, y es fácil ver que la existencia de facciones que influyen en tales decisiones y modifican el equilibrio de poder suscitará las más intensas angustias y estimulará a que se recurra a las defensas más extremas. Por ejemplo, cuando se examina la escisión producida en la Sociedad Psicoanalítica Británica, parece claro que el elemento desencadenante de la crisis fue que Ernest Jones dejara la presidencia después de muchos años, durante los cuales había establecido un cuidadoso equilibrio entre las facciones opuestas. Su sucesor, Glover, antikleiniano virulento, puso en peligro la pauta vigente sobre la asignación de candidatos a los analistas didactas y supervisores, así como sobre las derivaciones y promociones (King, 1991).

Para comprender de qué manera estas cuestiones de poder

pueden tornarse particularmente explosivas en los institutos analíticos, debemos explorar cuáles son las debilidades estructurales de estas organizaciones, debilidades que, a mi juicio, derivan del tipo y calidad de pertenencia que experimentan sus integrantes.

Para empezar, la noción misma de análisis didáctico, tal como se lo entiende hoy, contiene una conocida y muy debatida contradicción. Desde la década del veinte, se lo consideró el requisito fundamental que debían cumplir los candidatos (Balint, 1948), y por buenos motivos. El descubrimiento de la transferencia y, con ella, de la contratransferencia, impone a la formación una exigencia ineludible. Ahora bien: el análisis didáctico tiene una doble función. Por un lado, no es más que un análisis, pero por el otro es el pasaporte del analista a su aceptación y certificación, su forma de probarse a sí mismo que está listo y preparado para la tarea de analizar a los demás.

Hasta hace poco, era habitual que los analistas didactas informaran a las comisiones de formación sobre los avances que realizaban sus analizandos, pese a que la posibilidad de que esta costumbre comprometiera el análisis generaba un difundido malestar (Lifschutz, 1976; Wallerstein, 1978). Aun en institutos que han prohibido oficialmente tales comunicaciones, en un intento por proteger la integridad del análisis del candidato, se ha demostrado que tienen lugar otras comunicaciones comprometedoras por canales no oficiales (Dulchin y Segal, 1982a, 1982b). Ha sido común en la historia del psicoanálisis encontrarse con informes de analistas a quienes se les ha dicho que sus discrepancias con los colegas son signos de que necesitan seguir analizándose. Aquí lo importante es que los analistas son siempre vulnerables a los ojos de sus colegas frente a los argumentos *ad hominem* más íntimos. En cierto sentido, ni siquiera su propio análisis es para ellos una exploración libre de sus conflictos dinámicos.

Es interesante señalar que el propio Freud (1921) vislumbró este problema en su examen de la psicología de las masas. Al sostener que los grupos se mantienen unidos principalmente por dos factores, aparte de los vínculos libidinales –un objeto o líder común que reemplaza al Ideal del Yo de los miembros, y la identificación de éstos entre sí, que da origen a su común adhesión al líder–, subrayó el carácter esencialmente conservador y conformista de la vida de las masas. El psicoanálisis individual, al fomentar un proceso evo-

lutivo de diferenciación entre el Yo y el Ideal del Yo, así como entre el Yo y el objeto, tendería a disolver tales lazos. Por el contrario, la creación y mantenimiento de un grupo cualquiera exigiría el establecimiento o intensificación de estos lazos.

En medio de las “controversias” de la Sociedad Psicoanalítica Británica, Glover señaló que el candidato en formación:

“...tiene pocas oportunidades para emanciparse de la situación transferencial. [...] Aunque su análisis se interrumpa, el candidato permanece en una situación analítica extendida o desplazada” (King y Steiner, 1991, págs. 612-13).

Según Glover, éste era un signo de que el sistema de formación estaba quebrado. Balint, que sobrevivió a tales controversias, describió su experiencia con los candidatos: había asistido a “la sumisión [por parte de éstos] a un tratamiento autoritario y dogmático sin protestar demasiado y con una conducta demasiado respetuosa” (1948, pág. 167). Lo atribuyó a la tendencia de los candidatos a introyectar el análisis en su Superyó, con el consecuente debilitamiento del Yo —el proceso de las masas o grupos que había descrito Freud (1921)—, tendencia que en su opinión era fomentada por el mismo sistema de formación.

Thompson, con una orientación teórica diferente, relata su experiencia en el Instituto White señalando virtualmente lo mismo acerca del efecto de las relaciones “incestuosas” de poder entre los candidatos y sus analistas: “Más que cualquier otro paciente —declara—, el candidato enfrenta una dificultad real para resolver su dependencia infantil” (1958, pág. 49). Arlow señaló que “la formación psicoanalítica es experimentada a menudo como un prolongado rito de iniciación” (1972, pág. 561), agregando que la angustia impulsa al candidato a identificarse con el agresor: se “remodela” a sí mismo a la luz del ideal de su comunidad (pág. 562). Más recientemente, Kernberg (1986) destacó la contención de la “radiactividad” transferencial, producto colateral de la formación analítica: la índole multifacética o “incestuosa” de las relaciones personales, tal como se dan en los institutos de formación, promueve un proceso de división. Tanto los candidatos como los graduados preservan la idealización de sus analistas adoptando la defensa social de proyectar la desviación o el “error” en otros institutos o escuelas. De ese modo no sólo conservan una sensación

de seguridad personal, sino su común creencia en que el grupo al que pertenecen se encuentra en una situación privilegiada.

Lacan llevó esta cuestión hasta su conclusión extrema:

“¿Qué significado tiene contar con una organización de psicoanalistas y con el certificado que ella confiere, si no es para indicar a quién puede recurrirse a fin de encontrar a alguien que cumpla el rol de ese sujeto que presume saber?” (Turtle, 1978, pág. 119).

Según Lacan, en lo tocante a la formación, de esto se infería que el analista debía “autorizarse a sí mismo”. En esencia, afirmaba Lacan, cada persona tenía que determinar por sí misma —como lo había hecho Freud— si quería ser analista y en qué momento.

La lógica intransigente de Lacan nos ayuda a ver con máxima claridad las contradicciones básicas de la formación analítica. ¿Cuál es la finalidad del análisis didáctico, la terapia o la certificación? ¿Para qué está la autoridad analítica: para dotar al otro de poder o para ejercer el control? Todos los autores que hemos citado (Balint, Glover, Thompson, Arlow, Kernberg) se han debatido con estas contradicciones y procuraron, de una u otra manera, sugerir la forma de atenuar las tensiones a que dan origen.

Por un lado, si hablamos de la integridad del análisis, la cuestión es: ¿tiene como fin el beneficio personal del candidato, o es un pasaje o boleto para ingresar en la profesión? Dicha cuestión tiene un aspecto más profundo, referido al vínculo entre el candidato y su analista: ¿cuál es la intensidad de ese vínculo? La posible idealización y gratitud inherentes a esta relación, ¿pueden subvertir el análisis? En otras palabras, ¿tienden a asegurar el predominio y control de la vieja guardia a expensas de la libertad analítica del candidato? Este es el tema destacado con mayor frecuencia en la literatura. No obstante, hay otro aspecto que, por lo que sé, nunca ha sido señalado: me refiero a la amenaza que significa para un instituto la intensidad de las relaciones idealizadas en las diadas analista-candidato. ¿Es verosímil que una organización compuesta esencialmente por intensas relaciones diádicas no se sienta amenazada por esas mismas diadas?

Una observación de Bion acerca de la particular significación de la diada nos indica hasta qué punto este problema es de difícil tratamiento para el psicoanálisis. Señaló que el énfasis que pone el psicoanálisis en la sexualidad guarda correspondencia con el “su-

puesto básico” de la formación de díadas y con la proyección en la díada de las fantasías sexuales del grupo, y agregó:

“... el individuo no puede dejar de pertenecer a un grupo, aun cuando esa pertenencia consista en conducirse de modo tal de otorgar realidad a la idea de que él no pertenece a un grupo en absoluto. En este sentido, la situación psicoanalítica no es propia de una “psicología individual” sino ‘diádica’” (1959, pág. 131).

Por supuesto, el psicoanálisis se basa en la díada, y las situaciones más prominentes de la formación se dan en díadas: la díada del candidato y su analista, las díadas formadas por el candidato con sus sucesivos supervisores, y las que crea con quienes controlan los casos analizados durante la formación. Claro está que también hay clases numerosas, reuniones de las comisiones, etc., pero tengo pocas dudas de que para la mayor parte de los psicoanalistas, el psicoanálisis es fundamentalmente un encuentro que tiene lugar entre dos personas. Si a ello sumamos que, en la abrumadora mayoría de los casos, tales encuentros se materializan en el consultorio particular de analistas y supervisores y no en el espacio físico de los institutos, y que el convenio económico sobre el análisis y la supervisión es negociado por la díada (aunque en ciertas circunstancias los aranceles se rigen por normas institucionales), resulta sencillo rechazar la afirmación de que la actividad psicoanalítica sea colectiva o grupal. De hecho, en la mayoría de los institutos las autoridades cumplen su función durante una parte de la jornada solamente y rara vez cobran un sueldo que les pudiera alcanzar para vivir.

A mi entender, las consecuencias institucionales de que, en su mayor parte, los psicoanalistas no se consideren integrantes de una institución cuando realizan su tarea esencial son profundas. La institución pasa a ser para sus miembros, entonces, no una empresa en sí, sino un conjunto de relaciones y filiaciones particulares. Si a ello se agrega el estrés causado en la formación por el linaje —no simplemente el vínculo con el propio analista, sino también con el analista del analista, etc., en una cadena que puede trascender los límites institucionales—, comenzamos a comprender por qué la falta de límites claros respecto de la tarea puede generar ambigüedad y conflictos institucionales. Los conflictos latentes, las transferencias negativas, las posibles percepciones que socavan las idealiza-

ciones o las distorsiones narcisistas –toda esa “radiactividad” psicológica, para usar el término de Kernberg, que afecta a las múltiples relaciones diádicas del psicoanálisis– encuentran terreno fértil fuera de las diádas, en una institución que ofrece muy poca contención o, mejor aun, en otras instituciones más distantes.

Paradójicamente, estas poderosas fuerzas centrífugas han tenido el efecto, me parece, de transformar los institutos en sistemas organizativos “hiperlimitativos” (Alderfer, 1980), sistemas cuyos límites son excesivamente impermeables, con jerarquías rígidas y gran inflexibilidad en los roles y en la asignación de tareas. Los institutos presentan todos los rasgos típicos de tales sistemas “hiperlimitativos”: sus criterios de admisión son muy estrictos y restrictivos; tienen rígidas estructuras jerárquicas que llevan a que los procesos decisivos sean rigurosamente controlados; insisten en la pureza ideológica; se resisten al cambio, etc. Alderfer señala que “la permeabilidad de los límites de los sistemas ‘hiperlimitativos’ no alcanza el grado óptimo para la relación del sistema con su entorno”, por lo cual estos sistemas corren el riesgo de no estar en condiciones de responder ante los cambios del entorno. Suelen presentar sus objetivos con inequívoca e intransigente claridad, tener relaciones de autoridad muy centralizadas y monolíticas, restringir el libre flujo de la información e inhibir las críticas. Sigue diciendo Alderfer:

“En los sistemas hiperlimitativos, las personas se sienten confinadas, constreñidas y limitadas. Quienes ocupan cargos no desarrollan su creatividad y carecen de estímulo, sobre todo en los niveles inferiores de la organización, donde la estructura organizativa afecta al individuo con toda su fuerza” (1980, pág. 272).

Agrega que con frecuencia en estos sistemas se da un balance positivo de los sentimientos en tanto y en cuanto no esté amenazada su supervivencia, pero ello

“... es resultado, en parte, de las fuerzas represivas del sistema. La monolítica estructura de autoridad acalla [...] las críticas y tiende a dirigir todo afecto negativo hacia el exterior en lugar de hacerlo hacia adentro” (pág. 274).

Siguiendo lineamientos similares, Rustin (1985) aplicó a las

instituciones psicoanalíticas la crítica dirigida por Simmel a las sociedades secretas.

La descripción de los sistemas hiperlimitativos es congruente con los mitos que históricamente han considerado al psicoanálisis un movimiento asediado y socialmente subversivo. Una organización creada para enfrentar los valores sociales prevalecientes y que sufre una implacable hostilidad externa y defecciones internas debe establecer límites muy fuertes e impermeables. Tiene que defenderse a toda costa; parecería que su supervivencia está constantemente en juego.

Sin embargo, a mi modo de ver el verdadero peligro contra el cual se defienden los sistemas analíticos hiperlimitativos no es externo u objetivo, sino que es el poder psicológico de la díada. Estos sistemas deben ser rígidos, limitativos y autoritarios porque la adhesión primaria de sus integrantes es para con las díadas de la cual son parte, así como para con los linajes, las cadenas entrelazadas de díadas, de los cuales descienden.

Esto no quiere decir que tales díadas sean más reales o definan en mayor medida la esencia del psicoanálisis que las organizaciones que las generan y a las cuales deben reportarse. Por el contrario: me inclino a adoptar la posición de Bion, para quien “el individuo no puede dejar de pertenecer a un grupo”. Lo extraño es que el analista, más quizá que cualquier otro profesional —en especial aquellos que dependen tanto como los analistas de la formación, el desarrollo profesional, el reconocimiento y las derivaciones de sus colegas, etc.— puede verse a sí mismo de tal modo de “otorgar realidad a la idea de que él no pertenece a un grupo en absoluto”.

A fin de comprender mejor esto, creo que debemos agregar a la importancia defensiva que tiene la díada en las organizaciones psicoanalíticas, un mejor conocimiento de otros aspectos antiorganizativos que forman parte de la tradición y la cultura psicoanalíticas. Pero antes de hacerlo, creo que a esta altura ya podemos ver con más claridad de qué modo esta dinámica de la organización analítica contribuye a la defensa social de la intolerancia. Por un lado, la misma indefinición del vínculo con los sistemas organizativos, la primacía de la díada, genera en el mejor de los casos una mayor ambivalencia sobre las restricciones que impone la vida organizativa, y en el peor, resentimiento; es fácil que la organización sea considerada invasiva y se convierta en objeto de ataques. Al mismo tiempo, como la organización o facción a la que uno

pertenece le es necesaria como fuente de reconocimiento y apoyo, ese resentimiento se desplaza hacia otras organizaciones o facciones rivales. Por otra parte, la misma rigurosidad y estrechez de los límites con que la organización se protege defensivamente de la ambivalencia de sus miembros establece una frontera nítida más allá de la cual es posible proyectar la hostilidad y, desde luego, esto torna aun más necesario que los miembros encuentren salida para su hostilidad en otro lado, y no en sus facciones o institutos analíticos.

LA CULTURA PSICOANALITICA

Un tercer conjunto de factores están entremezclados con aspectos por lo general no reconocidos de la cultura psicoanalítica, cultura que suele desvalorizar el mundo que la rodea sintiéndose enfrentada a él y superior. Con frecuencia los analistas ven con recelosa indiferencia, si no con desdén, el mundo de los negocios y de las instituciones de gobierno, de todo lo cual se apartaron al elegir su profesión. Individualmente, suelen adoptar una postura de superioridad e incluso de arrogancia hacia quienes realizan tareas de gestión o aun el propio trabajo administrativo vinculado a ellos. Se sienten los privilegiados poseedores de una inmunidad frente a la ambición, la envidia, la rivalidad y la turbulencia del mundo. Colectivamente, suelen prescindir de toda evaluación y de emitir juicio, justificando ciertas medidas autoritarias y procedimientos secretos por sus ideas más profundas y sus mayores responsabilidades; por otro lado, se sienten víctimas de esas mismas prácticas.

En mi opinión, estas actitudes y valores proceden de Freud y se sostienen por identificaciones e idealizaciones vinculadas con él. Durante muchos años, se vio en Freud a un Copérnico contemporáneo, que cambió de lugar el centro del mundo, o a un Marx que expuso los fundamentos reales de los ideales que ese mundo perseguía, o a un Einstein que descubrió su principio unificador. No pretendo cuestionar al valor histórico de la obra de Freud, pero sí señalar el impacto que provoca tener, en el horizonte de nuestra profesión, un ícono heroico como ése, que en reiteradas ocasiones marcó su aislamiento respecto del mundo que lo rodeaba y su oposición a éste. “Entendí que en lo sucesivo –dijo– pertenecería al número de los que ‘han turbado el sueño del mundo’, según la expresión de

Hebbel” (Freud, 1914, pág. 21). De sus primeros años como psicoanalista manifestó: “Estaba totalmente aislado. En Viena fui excluido”. Y más adelante: “en Europa me sentía como despreciado” (Freud, 1925, pág. 52).

Los comienzos de la historia del movimiento psicoanalítico están recorridos, como por un hilo, por la ambivalencia de Freud respecto de esa misma institución que necesitaba crear como parte del mundo al que él despreciaba. De entrada comenta su alejamiento interior del grupo que se había reunido en torno de él en Viena:

“No logré crear entre sus miembros esa armonía amistosa que debe reinar entre hombres empeñados en una misma y difícil tarea, ni tampoco ahogar las disputas por la prioridad a que las condiciones del trabajo en común daban sobrada ocasión” (Freud, 1914, pág. 25).

Sugiere que la responsabilidad por lo que parece ser una maldición desconcertante es suya, aunque no la asume abiertamente. En otro momento declara, como fatigado: “desde hace tiempo he reconocido que el inevitable destino del psicoanálisis es mover a contradicción a los hombres e irritarlos” (pág. 8). Y más tarde, al justificar haber elegido a Jung como su sucesor: “[Yo] ya no era joven, veía por delante un largo camino, y sentía como algo abrumador que la obligación de ser jefe recayese sobre mí a una edad tan avanzada” (pág. 43). Como señala Strachey, tenía entonces 54 años.

Su fracaso inicial en el nombramiento de Jung como heredero llevó a la creación de “el Comité”, que era “un grupo de hermanos” (Grosskurth, 1991), como medio de controlar un movimiento que comenzaba a florecer. Por insistencia de Freud, el Comité funcionaba en secreto mientras que la IPA y sus Congresos mostraban la cara pública y oficial al mundo. No obstante, esta tentativa de ejercer el control desde bambalinas no logró impedir una sucesión de defecciones, luego de los alejamientos iniciales de Adler y Jung: Rank rompió abiertamente con Freud; Ferenczi fue separado cuando estaba próximo a morir; Jones creó en Inglaterra un grupo kleiniano.

A todas luces, Freud era bien consciente de la rivalidad y hostilidad que estaba en la base de todas estas organizaciones grupales. En *Tótem*

y *tabú* (1913), expuso claramente el problema de la rivalidad, en la horda primitiva, de los hermanos entre sí y con el padre de todos ellos. Y parece evidente que también los hermanos/hijos del psicoanálisis lo comprendieron igual (Roustang, 1982). Lo que a mi juicio no se comprendió en esta connivencia entre los hijos analíticos y su padre con miras a controlar el movimiento desde bambalinas fue que, en su conjunto, todos ellos representaban un rechazo arrogante respecto del mundo exterior. Los intentos realizados por los hijos para juntarse con el padre y asegurarse así una posición privilegiada relegaban a una condición secundaria a las instituciones que ellos mismos habían creado y manejado –tanto la Internacional como los institutos locales. La manipulación de los hijos por parte del padre mantuvo a raya a un mundo que se burlaba de él y del cual, a su vez, él también se burlaba.

La disolución del “Comité” coincidió, aproximadamente, con el establecimiento de políticas de formación en la Internacional. El congreso reunido en 1925 en Bad Homburg creó una comisión que se encargaría de recomendar y supervisar los procedimientos de formación de los institutos analíticos. Por esa misma época, Freud se alejó de toda participación pública en asuntos institucionales. Durante un tiempo no tuvo ningún cargo oficial en las organizaciones psicoanalíticas, dejando esta tarea en manos de sus hijos; a partir de entonces dejó de asistir también a los congresos. Sin embargo, ya se había establecido un legado que seguiría acosando en el futuro la vida institucional del psicoanálisis: el verdadero e incommovible valor de este último sólo se materializaba en el “espléndido aislamiento” (Freud, 1925, pág. 22) del trabajo solitario del analista; la vida institucional estaba destinada a las concesiones, las decepciones, la corrupción, y sólo podía tener éxito al precio de la propia integridad del psicoanálisis. El mensaje había sido transmitido: en su intento por encontrarle a su contribución un lugar en el mundo, el propio Freud, el ícono, no había hecho sino presidir un fracaso tras otro.

Este legado mitopoyético extrae fuerza adicional de su resonancia en la práctica actual. Por supuesto, el psicoanálisis cultiva la sospecha por encima de las motivaciones declaradas, la reflexión por encima de la acción. Mira hacia atrás y hacia adentro, en vez de hacerlo hacia adelante y hacia afuera. Al mismo tiempo que procuraba develar las ilusiones de los pacientes y luchar contra sus resistencias, se desarrolló como

una entidad contraria a las instituciones vigentes y a las normas sociales.

Pero el legado de la postura de Freud frente al mundo también resuena profundamente con importantes creencias y prácticas tradicionales del psicoanálisis, que hoy se han vuelto estereotipos de la ortodoxia —que muy pocos cumplen y muchos transgreden, y que ciertamente están sujetas a revisión o a una modificación sustancial en muchas áreas—, reconocibles de inmediato como puntos de referencia del pensamiento psicoanalítico tradicional.

La teoría tradicional, por ejemplo, considera que el comportamiento humano no se funda en la experiencia social sino más bien en impulsos biológicos, pulsiones cuyo despliegue conflictivo, cuyas “vicisitudes”, determinan incluso el destino de la civilización. La realidad psíquica, producto de las pulsiones, es distinta de la realidad social. En los hechos, Freud parece situarse en un terreno conceptual que lo exime de la influencia de las fuerzas sociales.

Por otra parte, al carácter oculto de esta realidad psíquica, la teoría tradicional le contrapone el carácter oculto del analista. “Pantalla en blanco” instada a permanecer invisible y, como corolario de ello, a quedar al margen, en situación neutral, frente a los sentimientos y premisas que gobiernan la vida de los pacientes, cargada de transferencia.

A esto le sucede el presupuesto de que el analista debe ser capaz de resistir el conflicto y la tentación mejor que cualquiera. El analista didacta, por ejemplo, ya lo hemos visto, debe resistir el impulso a inculcar en su paciente/candidato sus propias creencias analíticas, o liberarse de los sentimientos que podrían enturbiar su juicio a la hora de informar acerca de los avances de aquél.

La teoría tradicional adhiere a un patrón riguroso e inflexible de verdad científica; el alivio de los síntomas, la cura, la felicidad del paciente son objetivos secundarios, productos colaterales. Por más que el paciente haya acudido en busca de terapia, el analista es, por encima de todo, un científico cuyo interés primordial radica en estudiar el comportamiento humano, y que no debe dejarse arrastrar por las necesidades o deseos del paciente.

En los últimos años, estas ideas estereotipadas han sido modificadas, cuando no alteradas significativamente, por la mayoría de los psicoanalistas. Sin embargo, lo que me interesa destacar es que forman parte integral de lo que me gustaría llamar una “cosmovisión psicoanalítica”, la cual lleva al analista a sentirse apartado del

mundo en que vive y trabaja. Y no sorprende que, junto con la modificación de estas ideas estereotipadas, en tiempos recientes se haya asistido a un coro creciente de críticas internas a esa actitud petulante de indiferencia ante la reflexión crítica.

Anteriormente hice mención a las críticas formuladas contra las prácticas en materia de formación. Más reciente y ampliamente, Orgel (1990) ha señalado la tendencia prevaleciente en nuestra profesión a idealizar a las generaciones anteriores de líderes psicoanalíticos (incluido Freud) y pasar por alto sus errores, y en cambio ha puntualizado su frecuente narcisismo, arrogancia y dogmatismo, su insistencia en que ninguna crítica podía alcanzarlos, su conducta agresiva hacia los candidatos, su proclividad a fomentar relaciones de apego y dependencia.

A la vez, como ha observado Simon (1992), sólo se adhiere a las finalidades científicas de la boca para afuera:

Nuestros cánones sobre el uso de las pruebas son torpes y se aplican en forma incongruente, nuestra adhesión a la verificación empírica rigurosa es débil. Rara vez presentamos nuestros errores para que sean debatidos en común; no tenemos ninguna Revista de los Casos Fallidos; y sólo unos pocos analistas de mentalidad indagadora se muestran dispuestos a pasar revista a los resultados generales de los tratamientos. Somos propensos a recibir una influencia indebida de dirigentes carismáticos y persuasivos (pág. 966).

Estas críticas, surgidas dentro del propio campo, sin duda derivan en parte de que el psicoanálisis es hoy atacado en muchos frentes y ya no posee el privilegio de ese pasado en el que era “asediado por el entorno” ni de la próspera hegemonía que disfrutó, en épocas más recientes, en el campo de la salud mental. Masson (1990), quien hace poco defeccionó de sus filas y escribe con la vehemencia de todo desilusionado que se ha convertido a otro credo, ha generado controversias públicas; pero probablemente hayan sido más importantes los desafíos provenientes de la psiquiatría biológica, la psicología académica, el cambio en las políticas de reembolso de los sistemas privados de atención de la salud, y los métodos psicoterapéuticos que compiten con el psicoanálisis. Frente a todas estas presiones, el psicoanálisis ha comenzado a reconocer su lugar en el mundo y por el mundo. Sus métodos y verdades ya no gozan de inmunidad.

Pese a ello, considero que es hora de admitir el papel que esta

sensación de privilegiado apartamiento cumplió en la historia institucional del psicoanálisis. Permitió que los analistas mantuvieran una cierta independencia respecto de sus instituciones, como si éstas sólo fuesen una concesión necesaria para vivir en el mundo. Lo mismo que a Freud, les fue difícil asumir una auténtica responsabilidad colectiva por sus propias necesidades organizativas. Así, junto a la atención casi exclusiva que se presta dentro del campo a las relaciones diádicas, los analistas han mostrado indiferencia, apatía y desdén hacia su posición institucional en el mundo.

Pienso que los objetivos primarios de ese desdén han sido los propios dirigentes psicoanalíticos: cualquiera aspirar a convertirse en un hijo de Freud, a ponerse el manto del líder, corría el riesgo de ser sutilmente despreciado por todos sus otros seguidores. Si, como afirman Orgel (1990) y Simon (1992), los líderes psicoanalíticos han sido con frecuencia narcisistas, arrogantes y “demasiado persuasivos”; y si, por otro lado, se ha tendido a protegerlos de toda crítica abierta —los seguidores mismos permitieron que se los “persuadiera demasiado”—, hay que sospechar la existencia de una confabulación. Los dirigentes podrán dirigir, pero el precio de tratar de incorporarse al mundo que Freud desdén y de crear una organización que Freud no pudo crear será que no gozarán del respeto y apoyo indispensables para cumplir bien con su tarea.

Si los cargos de conducción del psicoanálisis atraen a los narcisistas, deberíamos preguntarnos si acaso esto no sucederá porque son particularmente vulnerables a que se los explote al servicio de esta confabulación. Quedarán muy satisfechos con la prominencia que les ofrecen dichos cargos y no se detendrán demasiado a indagar cuál es el significado del apoyo que se les brinda, ni a cuestionar en profundidad el valor de las tareas que se le ha encomendado.

En síntesis, lo que quiero decir es que una fuente dinámica adicional de los cismas y divisiones virulentas que han acosado a las organizaciones psicoanalíticas deriva de los propios circunstantes, de los miembros de las instituciones psicoanalíticas, quienes observan, desdeñosos y burlones, cómo se mancillan y contaminan sus dirigentes en sus malhadados esfuerzos por triunfar allí donde Freud fracasó, en tareas que Freud subestimó. Como mentalmente se sienten alejados del mundo de la realidad social —ese mundo en el que surgen, inevitablemente, la rivalidad, las concesiones y los conflictos políticos—, proyectan el temor y odio que experimentan

hacia ese mundo en los dirigentes que se han atrevido a enfrentarlo. Promueven así, de manera inconsciente, los propios cismas que tanto temen, pues ello les confirma su sensación de que el mundo es frustrante, cruel y, en definitiva, un lugar inferior, al que ellos no pertenecen.

CONCLUSIONES

Creo que este examen de las tensiones contenidas en la identidad, las organizaciones y la cultura psicoanalíticas explica por qué las instituciones son tan frágiles. Cuando se las somete al estrés producido por un conflicto o controversia que amenaza con alterar el equilibrio de las relaciones de poder vigentes, los miembros recurren, como reacción defensiva, a la escisión y al cisma.

La defensa social de la intolerancia –que, llevada al extremo, genera la escisión– es, en definitiva, el camino común donde confluyen las defensas suscitadas por las contradicciones en la identidad del analista, las tensiones internas de las instituciones y la marginalidad de la cultura psicoanalítica respecto del mundo exterior. Esa defensa social brinda la ilusoria seguridad de las sectas. Virtualmente toda la historia del psicoanálisis estuvo plagada de acusaciones y contra-acusaciones de “ortodoxia” y otras formas de fanatismo religioso. Yo no creo que el psicoanálisis sea una suerte de religión, pero sí que esta amenaza constante de la “ortodoxia” explica la percepción que siempre han tenido los analistas de que es muy fácil –casi inevitable– establecer límites estrictos en torno a su actividad. Al proponerse brindar intervenciones terapéuticas y nutrir su propia evolución institucional, el psicoanálisis debe estar abierto al descubrimiento y la transformación en contacto con la realidad; en ese sentido, debe ser científico (Kernberg, 1993). Por otro lado, por las presiones que he procurado describir, sufre la amenaza constante de cerrarse dentro de límites estrictos; y corre peligro –como creo que lo sabe– de convertirse en un conjunto de cultos.

En un aspecto, avances recientes de la teoría psicoanalítica han contribuido a menguar las presiones a que hago referencia. Hoy los analistas parecen aceptar cada vez más el carácter multidimensional e indeterminado de la realidad; la verdad no sólo es hipotética,

sino además contingente respecto de la situación particular de la persona que la busca. De este modo, tiene creciente aceptación el hecho de que el análisis nunca concluye, de que el analizando jamás termina de ser analizado en forma definitiva, y de que cada analista le ofrece al paciente una oportunidad con el conjunto singular de potencialidades y limitaciones que lo caracterizan. Para tomar en préstamo una expresión de la teoría de las organizaciones, esto equivale a concebir al análisis como una “investigación por la acción”. En la medida en que el psicoanalista sea capaz de internalizar esta versión de su actividad —en la medida en que pase a formar parte de la formación y sea valorada como una pieza del saber analítico—, la presión tendiente a identificar y castigar a los desviados puede disminuir.

Por lo mismo, pienso que la cultura analítica que he procurado describir también está cambiando. La realidad social ha irrumpido en la Asociación Psicoanalítica Internacional y en la Norteamericana bajo la forma de un pleito antimonopólico; además, debido a la competencia de otros tipos de psicoterapia, los analistas están entendiendo la necesidad de colaborar más con sus colegas y de contar con dirigentes que se ganen su apoyo.

Esta concepción de las vicisitudes de las instituciones psicoanalíticas incluye una cierta prescripción: el psicoanálisis podría ampliar los alcances de su visión de modo de incluir su propia vida institucional. Vale decir, está en condiciones de incorporar a sus estructuras institucionales el estudio de sus propios conflictos organizativos y de los procesos silenciados.

A veces, desde luego, puede ser conveniente, para determinadas finalidades, introducir ciertas reformas limitadas en la formación. La incorporación de otros puntos de vista teóricos en los planes de estudio de los psicoanalistas tal vez promueva una mayor aceptación de las diferencias relativas a la técnica. Los análisis didácticos se volverían más auténticos si los analistas no se vieran obligados a dar cuenta ante una comisión del progreso de los candidatos. Si se permitiera a los candidatos seleccionar analistas didactas, y aun supervisores, pertenecientes a otros institutos, se reduciría el grado de angustia y de conformismo, y quizá se alentaría un espíritu ecuménico. No obstante, creo que cualquiera de esas reformas podría subvertirse para ponerla al servicio de una finalidad muy distinta de la buscada (ver Slavin, 1993). Me viene a la mente la analogía con el alivio de los síntomas: por más que uno logre modificar la conducta

de un paciente, la persistente presión del conflicto subyacente no resuelto hará que emerja un nuevo síntoma, tal vez más virulento que el anterior.

Los conflictos y angustias a que he aludido están profundamente entrelazados en el tejido mismo de la actividad psicoanalítica. Como he intentado sugerir, las maniobras defensivas a que dieron origen han sido variantes extremadamente violentas de la intolerancia, que en la historia institucional del psicoanálisis contaron con la aprobación de todos sus dirigentes, empezando por Freud. Pero las tensiones subyacentes persisten, y son parte de la actividad. El analista siempre anhelará tener certidumbre sobre su propia identidad, y se verá tentado a apuntalar dicha certidumbre a expensas de los colegas que piensan distinto; por otro lado, hay colegas que incitan permanentemente al escarnio con su adhesión a concepciones limitadas y con su propia intolerancia. La diada analítica siempre deberá separarse, para hacer su tarea, del grupo analítico, y éste siempre se sentirá amenazado por el poder de esos vínculos diádicos. Finalmente, creo que el analista siempre preferirá apartarse del mundo, al que prefiere comprender y no cambiar; quienes trabajan con heridos no eligen, en general, estar en la primera línea de fuego.

Entiendo que, a la larga, la única manera de abordar estos problemas como corresponde es que nuestras propias instituciones adopten una postura analítica y autorreflexiva respecto de sus conflictos internos y sus maniobras defensivas. Vale decir, sería bueno que pudiéramos reflexionar sobre los aspectos ocultos o encubiertos de nuestra relación institucional y examinarlos conjuntamente.

Hay una tradición de análisis grupal y organizacional surgida del psicoanálisis. Su iniciador fue Freud (1921), desde luego, pero fue Bion (1959) quien aportó las observaciones clínicas esenciales que la hicieron provechosa. Este trabajo es producto de esa tradición y en él he utilizado algunos de sus conceptos, en especial el de “defensa social” (Jaques, 1955; Menzies, 1967). El psicoanálisis puede recurrir a dicha tradición en cualquier momento para generar su propia labor organizativa. Claro que ello exigiría, como propuso Rickamn (1951) hace más de cuarenta años, suprimir algunos de los límites más rígidos y opacos de nuestras instituciones. No es asunto sencillo, ya que generará grandes críticas, rivalidades y vulnerabilidad en los dirigentes; pero tal vez sea la única

alternativa que nos queda si no queremos seguir soportando las fallas de tales entidades.

Un primer paso podría ser incluir conocimientos provenientes de esa tradición en nuestras instituciones brindando a los candidatos cursos sobre la psicodinámica de las organizaciones. En determinados institutos, podría proyectarse una “capacitación en gestión” para los analistas veteranos. Las organizaciones que enfrentan dilemas particulares pueden someterlos a la consulta con personas instruidas en esa tradición. Un paso posterior fundamental sería la creación, dentro de los institutos, de programas de formación en consulta organizativa de orientación psicoanalítica.

Tal vez parezca poco verosímil que nuestras instituciones se fijen como objetivo el autoanálisis, pero no creo utópico pensar que, dado que el psicoanálisis es una forma de lograr transformaciones merced a la comprensión, podrían generar una mayor tolerancia y un mayor grado de colaboración.

Donde la escisión embrutecedora era, el Yo de la organización debe advenir.

BIBLIOGRAFIA

- ALDERFER, C. P. (1980) “Consulting to underbounded systems”. En C. P. Alderfer y C. L. Cooper (eds.), *Advances in Experiential Social Processes*, vol. 2, Nueva York, John Wiley y Sons.
- ARLOW, J.A (1972) “Some dilemmas in psychoanalytic education”. *J. Amer. Psychoanal. Assn*, vol. 20, págs. 556-566.
- BALINT, M. (1948) “On the psycho-analytic training system”. *Int. J. Psychoanal.*, vol. 29, págs. 163-173.
- (1954) “Analytic training and training analysis”. *Int. J. Psychoanal.*, vol. 35, págs. 157-162.
- BIBRING, G. (1954) “The training analysis and its place in psycho-analytic training”. *Int. J. Psychoanal.*, vol. 35, págs. 169-173.
- BION, W. R. (1959) *Experiencies in Groups*. Nueva York, Basic Books.
- BOLLAS, C. (1993) “Preoccupation unto death”, trabajo presentado en el William Alason White Institute, Nueva York, 24 de febrero de 1993.
- BUECHLER, S. (1988) “Joining the psychoanalytic culture”. *Contemp. Psychoanal.*, vol. 24, págs. 462-470.

- (1992) "Stress in the personal and professional development of a psychoanalyst". *J. Amer. Acad. Psychoanal.*, vol. 20, págs. 183-191.
- COOPER, A. (1986) "Some limitations on therapeutic effectiveness: the 'burnout syndrome' in psychoanalysis". *Psychoanal. Q.*, vol., 55, págs. 576-598.
- DREYFUS, P. (1978) "Panel and open forum on the ego ideal of the psychoanalyst". *J. Psychoanal.*, vol. 59, págs. 391-393.
- DULCHIN, J. Y SEGAL, A. J. (1982a) "The ambiguity of confidentiality in a psychoanalytic institute". *Psychiatry*, vol. 45, págs. 13-25.
- (1982b) "Third-party confidences: the uses of information in a psychoanalytic institute". *Psychiatry*, vol. 45, págs. 27-37.
- ECKHARDT, M. H. (1978) "Organisational schism in American psychoanalysis". En J. M. Quen y E.J. Carlson (eds.), *American Psychoanalysis: Origins and Development*, Nueva York, Brunner/Mazel.
- ELLENBERGER, H. F. (1970) *The Discovery of the Unconscious*. Nueva York, Basic Books.
- FINE, R. (1979) *A History of Psychoanalysis*. Nueva York, Columbia University Press.
- FLEMING, J. (1976) "Report of the Ad Hoc Committee on Los Angeles". *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, vol. 24, págs. 910-915.
- FRATTAROLI, E. (1992) "Orthodoxy and heresy in the history of psychoanalysis". En N. M. Szajnborg (ed.), *Educating the Emotions: Bruno Betleheim and Psychoanalytic Development*, Nueva York, Plenum Press, págs. 121-150.
- FREUD, A. (1966) "The ideal psychoanalytic institute: a utopia". En *The Writings of Anna Freud*, vol. 7, Nueva York, International Universities Press, 1972, págs. 73-94.
- FREUD, S. (1913) Totem and Taboo, *S. E.*, vol. 13.
- (1914) On the history of the psychoanalytic movement. *S. E.*, vol. 14.
- (1921) Group Psychology and the Analysis of the Ego. *S.E.* vol. 18.
- (1925) An Autobiographical Study. *S. E.*, vol. 20.
- FRIEDMAN, L. (1988) *The Anatomy of Psychotherapy*. Hillsdale, Analytic Press.
- FROSCH, J. (1991) "The New York psychoanalytic civil war". *J. Amer. psychoanal. Ass.*, vol. 39, págs. 1037-1064.
- GITELSON, F. H. (1983) "Identity crises: splits or compromises-adaptive or maladaptive". En E. D. Joseph y D. Widlöcher (eds.), *The Identity of the Psychoanalyst*, Nueva York, págs. 157-180.
- GLOVER, E. (1943) "Response to memorandum by James Strachey". En P. King y R. Steiner (eds.), *The Freud-Klein Controversies, 1941-45*, Londres/Nueva York, Routledge, 1991, págs. 611-616.
- GREENACRE, P. (1966) "Problems of training analysis". *Psychoanal. Q.*, vol., 35, págs. 540-567.

- GROSSKURTH, P. (1991) *The Secret Ring: Freud's Inner Circle and the Politics of Psychoanalysis*. Reading, Addison-Wesley.
- HINSHELWOOD, R. D. (1985) "Questions of training". *Free Associations*, vol. 2, págs. 7-18.
- JAQUES, E. (1955) "Social systems as defence against persecutory and depressive anxiety". En M. Klein et al. (eds.), *New Directions in Psychoanalysis*, Londres, Tavistock Publications, págs. 478-498.
- KERNBERG, O. F. (1986) "Institutional problems of psychoanalytic education". *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, vol. 34, págs. 799-834.
- (1993) "The current status of psychoanalysis". *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, vol. 41, págs. 45-62.
- KING, P. (1983) "Identity crises: splits or compromises-adaptive or maladaptive". En E. D. Joseph y D. Widlöcher (eds.), *The Identity of the Psychoanalyst*, Nueva York, International Universities Press, págs. 181-194.
- (1991) "Conclusions". En P. King y R. Steiner (eds.), *The Freud-Klein Controversies 1941-45*, Londres/Nueva York, Routledge, págs. 920-931.
- Y STEINER, R. (eds.) (1991) *The Freud-Klein Controversies 1941-45*. Londres/Nueva York, Routledge.
- KLAUBER, J. (1983) "The identity of the psychoanalyst". En E. D. Joseph y D. Widlöcher (eds.), *The Identity of the Psychoanalyst*, Nueva York, International Universities Press, págs. 41-50.
- LEVINSON, H. (1990) "Freud as entrepreneur". En Clinical Approaches to the Study of Managerial and Organisational Dynamics, *Actas del Cuarto Simposio Anual de la International Society for the Psychoanalytic Study of Organisations*, Montreal, Quebec, ISPSO y la École de Hautes Études Commerciales de Montreal, págs. 227-250.
- LIFSCHUTZ, J. E. (1976) "A critique of reporting and assessment in the training analysis". *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, vol. 24, págs. 43-59.
- MASSON, J. M. (1990) *Final Analysis*. Nueva York, Addison-Wesley.
- MEISELS, M. (1990) "Introduction: the colorful background of the Clark Conference". En M. Meisels y E. Shapiro (eds.), *Tradition and Innovation in Psychoanalytic Education*, Hillsdale, Lawrence Erlbaum, págs. 1-10.
- MENZIES, E. (1967) *The Functioning of Social Systems as Defence against Anxiety*. Londres, Tavistock Publications.
- MILLET, J. A. P. (1962) "The changing faces of psychoanalytic training". En I. Salzman y J. H. Masserman (eds.), *Modern Concepts of Psychoanalysis*, Nueva York, Philosophical Library, págs. 127-143.
- MORRIS, J. (1992) "Psychoanalytic training today". *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, vol. 40, págs. 1185-1210.

- OBERNDORF, C. (1953) *A History of Psychoanalysis in America*. Nueva York, Grune y Stratton.
- ORGEL, S. (1978) "Report from the seventh pre-Congress conference on training". *J. Psychoanal.*, vol. 59, págs. 511-15.
- (1990) "The future of psychoanalysis". *Psychoanal. Q.*, vol. 59, págs. 1-20.
- POLLOCK, G. H. (1978) "The Chicago Institute for Psychoanalysis from 1932 to the present". En J. M. Quen y E. T. Carlson (eds.), *American Psychoanalysis: Origins and Development*, Nueva York, Brunner/Mazel.
- RICKMAN, J. (1951) "Reflections on the function and organization of a psychoanalytical society". *J. Psychoanal.*, vol. 32, págs. 218-237.
- ROUSTANG, F. (1982) *Dire Mastery: Discipleship from Freud to Lacan*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- RUSTIN, M. (1985) "The social organization of secrets: towards a sociology of psychoanalysis". *Int. Rev. Psychoanal.*, vol. 12, págs. 143-160.
- SANDLER, A. M. (1990) "Comments on varieties of psychoanalytic training in Europe". En M. Meisels y E. Shapiro (eds.), *Tradition and Innovation in psychoanalytic Education*, Hillsdale, Lawrence Erlbaum.
- SCHAFER, R. (1979) "On becoming a psychoanalyst of one persuasion or another". *Contemp. Psychoanal.*, vol. 15, págs. 345-360.
- SIMON, B. (1992) "Incest-see under Oedipus Complex: the history of an error in psychoanalysis". *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, vol. 40, págs. 955-988.
- SLAVIN, J. H. (1993) "Revolution and counterrevolution: can reform be sustained in psychoanalytic training?". Trabajo presentado en la reunión de la Division of Psychoanalysis (39), American Psychoanalytic Association, abril de 1993.
- STELZER, J. (1986) "The formation and deformation of identity during psychoanalytic training". *Free Associations*, vol. 7, págs. 59-74.
- THOMPSON, C. (1958) "A study of the emotional climate of psychoanalytic institutes". *Psychiatry*, vol. 21, págs. 45-5.
- TURKLE, S. (1978) *Psychoanalytic Politics: Freud's French Revolution*. Nueva York, Basic Books.
- WALLERSTEIN, R. S. (1978) "Perspectives on psychoanalytic training around the world". *Int. J. Psychoanal.*, vol. 59, págs. 477-503.
- WIDLÖCHER, D. (1978) "The ego ideal of the psychoanalyst". *Int. J. Psychoanal.*, vol. 59, págs. 387-390.

Traducido por Leandro Wolfson.

KENNETH EISOLD

Kenneth Eisold
285 Central Park West
NY 10024, New York
U.S.A.